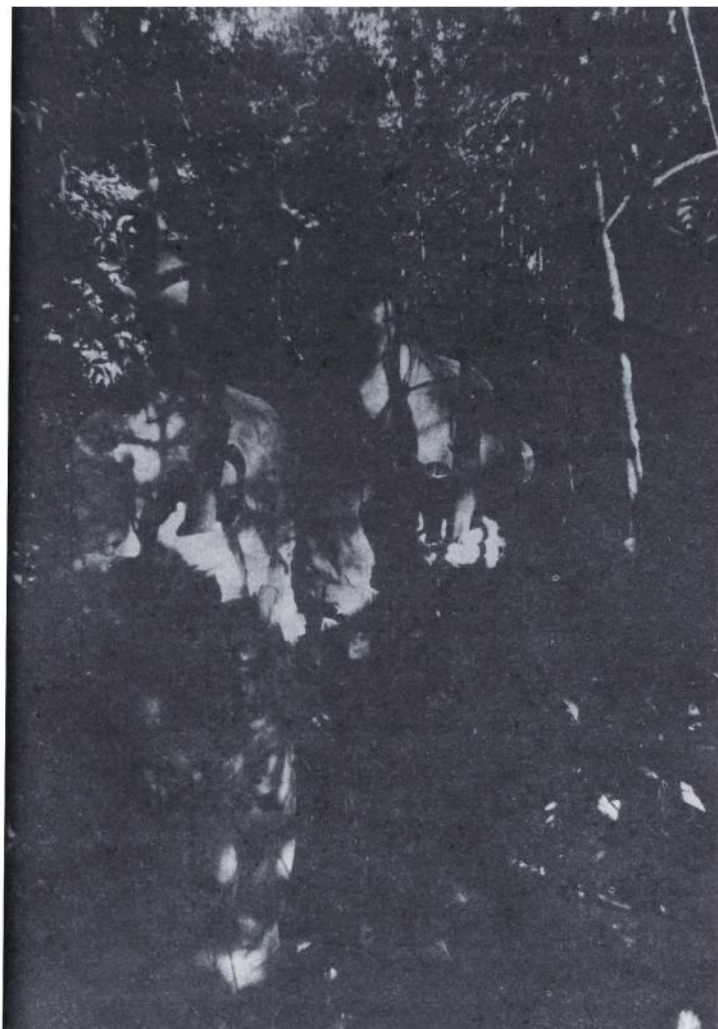


Yo Vine en el "GRAMMA"



A poco de encontrar a Raúl Castro, Faustino Pérez posa en la Sierra Maestra, con sus célebres rifles de mira telescópica.

CUBA estaba urgida de una cura heroica.

¡Por eso yo vine en el "Gramma"!

Participé en la expedición romántica a conciencia de que cumplía un deber de cubano. Y no me arrepiento. Despondí honestamente a un clamor patrio, con firmeza, sin intereses, en silencio, inspirado sólo por el pensamiento martiano:

—Quien ve a su pueblo en desorden y agonía, sin puerta visible para el bienestar y el honor, o le busca una puerta, o no es un hombre honrado.

—¡Yo vine a buscarle su puerta a Cuba!

Los hombres del "Gramma" saltamos en Playa Colorada con un mensaje en los labios y una estrella en la frente: luchamos contra la dictadura y los lastres coloniales sin superar en cincuenta años. No son promesas vanas, incumplidas tantas veces en la República, sino el aporte desprendido de una generación que pone en prenda su

carne a las balas, en inmolación excelsa.

Fidel Castro definía en México a poco de partir, el propósito que animaba a todos:

—Vamos a Cuba no a meros cambios políticos, sino a sustanciales transformaciones que garanticen a cada cubano trabajo decoroso, disfrute pleno de la libertad y ejercicio absoluto de la soberanía.

Al desembarcar, se convocaba a la "guerra necesaria", cumplida ya la palabra empeñada y expuesta la vida misma. Veníamos con el espíritu ungido del mismo propósito constructivo que hizo a Carlos Manuel de Céspedes dejar en llamas a Bayamo y a Máximo Gómez bendecir la "tea incendiaria"; convencidos de que el gesto nuestro acortaría las agonías de la patria.

¡Amor y no odio, por la redención de Cuba!

Así me hice expedicionario del "Gramma".

Conocía a Fidel Castro y participaba de sus criterios. A su requerimiento marché a México a

Trascendental relato del principal lugarteniente de Fidel Castro, en que se revelan las vicisitudes del desembarco en Playa Colorada y los primeros episodios de la campaña en las montañas orientales.

por
FAUSTINO PÉREZ

TAL COMO LO CONTÓ A CARLOS M. CASTAÑEDA

principios de octubre: atrás quedaban una buena mujer, dos niños preciosos y una carrera médica trunca.

Fui de los últimos en llegar. Más de un centenar de hombres recibían instrucción militar, preparados para partir. No tuve dificultades en burlar la vigilancia policiaca habanera, ni a los confidentes que dirige el coronel Estevez Maymir.

Era mi tercer viaje a México... Pronto me incorporé a una de las casas en que vivían los futuros combatientes: me impresionó la organización y la fraternidad; el espíritu de superación y de estudio. Tenía que levantarme a las siete de la mañana y tras un desayuno frugal, los ejercicios del día, largas caminatas, sesiones de natación y horas de remos en el Lago Chapultepec. Más tarde, las clases de teoría militar y de adoctrinamiento político, basadas en estudios realizados por las comisiones técnicas del Movimiento 26 de julio, sobre problemas fundamentales de la vida cubana.

A poco de mi llegada a México, me ordenan trasladarme a un campamento a mil kilómetros al Norte de la capital. Vivíamos a la intemperie, en un monte pobre y pródigo en serpientes de carabel. A veces temblaba el espíritu y se sobrecoja el ánimo, pero siempre se im-

ponía el ideal supremo: la libertad de Cuba.

Severo, recio, bueno, José Smith, bravo muchachón caído en las primeras acciones en las montañas orientales, conducía el riguroso entrenamiento cotidiano: prácticas de tiro, simulaciones de ataques y defensa, cruce de ríos, ascenso de montañas, prolongadas caminatas, caza y pesca.

Transcurrían los días con prontitud y llegaban noticias de constante persecución en Ciudad México. Conocidas las peripecias del trajín revolucionario, son incontestables los temores del desastre y se comprenden mejor las lágrimas desesperadas de Martí por el fracaso de Fernandina. Todos anhelábamos la partida, ante el peligro cierto de perder lo logrado con tanto sacrificio: contribución generosa de cientos de miles de cubanos.

El miércoles 21 de noviembre, Smith nos anunció:

—Mañana hay que salir para Tuxpán... Debemos estar por la noche para embarcar hacia Cuba...

A mi me latía el corazón con prontitud y la emoción del instante, me anudó la garganta para unir-me al grito unánime:

—¡Viva Cuba Libre!

A la tarde siguiente, un camión nos transportó en dos viajes a un pueblo a cuarenta kilómetros del



Fidel Castro departe con los voluntarios que salían a su paso para incorporarse a las tropas rebeldes.

campamento. Divididos en grupos de seis, nos hospedamos en hoteles baratos y tomamos ómnibus modestos, tratando de atravesar lo más discretamente posible, campos, pueblos y ciudades.

A las once de la noche del día 24 estábamos a orillas del Tuxpán, río que desemboca en el Golfo entre Tampico y Veracruz. Cruzamos el río en pequeños botes de nueve pasajeros, bajo un cielo negro y una molesta llovizna invernal.

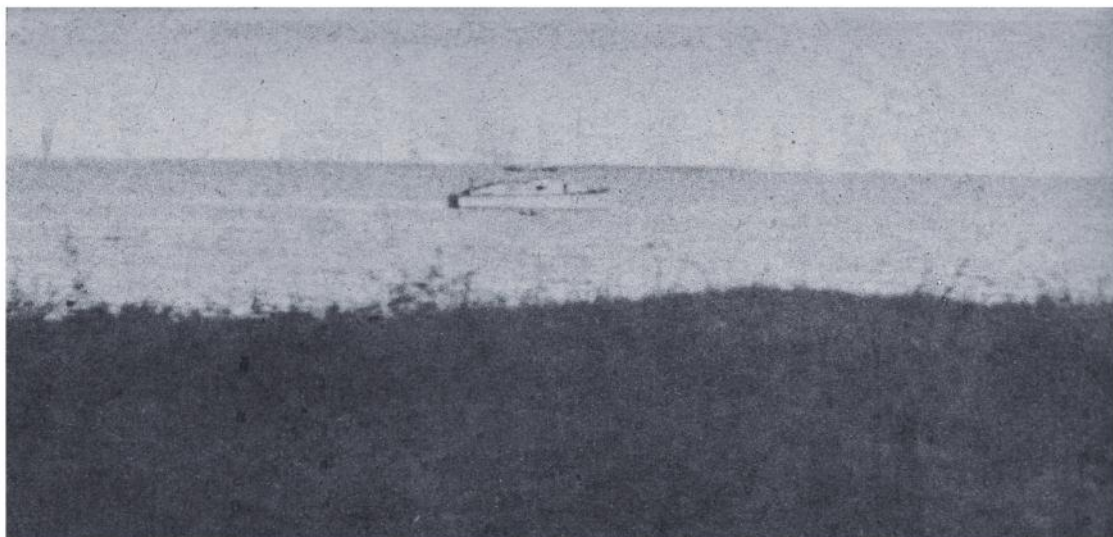
Sorprendido, el remero me dijo con reposado acento:

—Oiga, mano, cuantas gentes por aquí esta noche...

El encuentro era de júbilo y silencio. Nadie decía una palabra, mientras la llovizna fría nos empapaba las ropas. A poca distancia se divisaba, dentro del agua, un bulto enorme, que se tambaleaba entre las luces lejanas:

¡Era el "Gramma"!

Pronto ví salir de una casita de madera, unos paquetes que pasaban de mano en mano y llegaban precipitadamente hasta el barco. Hubo una pausa momentánea. Al-



Tomada a gran distancia se ve en esta foto el yate "Gramma", usado por la expedición de Fidel Castro para trasladarse desde México a las costas orientales cubanas. La pequeña embarcación quedó fondeada en Manzanillo después de ser capturada por unidades de la Marina de Guerra gubernamental. A bordo se ocuparon documentos del jefe expedicionario que permitieron identificar a Fidel Castro y sus principales colaboradores en la arriesgada empresa que marcó el inicio de la formidable campaña militar que provocó el desplome del régimen de Batista.



El doctor Faustino Pérez es personaje principalísimo del Movimiento 26 de julio. Vinculado íntimamente a Fidel Castro desde antes de los sucesos del Cuartel Moncada, se le considera "cabeza pensante" en la organización. Su nombre se vinculó en la ocupación de armas en Salud 222 y tras algún tiempo en la cárcel logró los beneficios de la amnistía política. Al marchar Fidel Castro a México en el verano de 1955, quedó con poderes para la organización del movimiento en las seis provincias. A poco del desembarco por Playa Colorada, Faustino Pérez se incorporó a los expedicionarios y estuvo presente en el

intento del 2 de diciembre. Marchó con Fidel Castro en el peregrinaje inicial por la Sierra Maestra. Hombre de confianza del capitán rebelde, Faustino Pérez tuvo la encomienda de llevar al corresponsal norteamericano Herbert L. Matthews a la comentada entrevista. "Era un joven inteligente, que se esforzaba por hablar buen inglés", describía Matthews más tarde en "The New York Times". Faustino Pérez admite en este sensacional reportaje que hoy publica BOHEMIA, que entró varias veces en la Sierra Maestra y que al producirse su detención el último 19 de marzo de 1958 trabajaba en la organización de la resistencia cívica. En el primer Gabinete de la Revolución Faustino Pérez ha sido nombrado ministro para la Recuperación de los bienes sustraídos al Pueblo, de nueva creación.

El hambre y el sueño debilitaban, sólo nos reanimaba una esperanza que el piloto repetía, creo que para alentarse a sí mismo:

—¡Vamos proa a Cuba!...

Encontré a Fidel conturbado escuchando el radio, al mediodía del 30 de noviembre: esa era supuestamente la fecha del desembarco. Sabía del estallido revolucionario en Santiago de Cuba y se mostraba preocupado. Contrariado, me dijo:

—¡Quisiera tener la facultad de volar!

El "Gramma", desafortunadamente no se caracterizaba ni por su tamaño ni por su velocidad...

El ex-teniente de la Marina de Guerra, Roque, buscaba afanosamente hacia el Este, el faro de Cabo Cruz, en la madrugada del 2 de diciembre. Le veía moverse con prisa y consultar a menudo con Fidel. Por fin, subió al techo del yate y súbitamente se escuchó el impacto seco de su caída al agua.

—¡Hay que salvarlo!, —oí ordenar a Fidel.

Vivimos minutos angustiosos en la penumbra de la madrugada. Todos sentíamos los clamores desesperados de Roque. Nadie le veía. El "Gramma" viró en redondo, inútilmente.

Transcurrían los minutos, pero Fidel requirió un esfuerzo más. A poco se oyó con desfallecimiento:

—¡Aquí... ¡Aquí... ¡Aquí!...

Y un compañero, vista de aguija y linterna en mano, logró localizarlo: ¡estaba salvado Roque!

Pronto despuntaba el día y el "Gramma" se acercaba a una playita a dos kilómetros de Niquero. Llegamos a unos cincuenta metros de lo que se suponía tierra firme. Bajamos el bote auxiliar para una exploración, pero se hundió por el exceso de peso: hay que tirarse al agua.

Avanzamos con dificultad...

El agua llega hasta el pecho y a veces nos hundimos en el fondo cenagoso, pero hay ansiedad por llegar a tierra cubana. Atravesamos una maraña difícil de árboles en un pantano enorme, sin que todavía se pise firme.

Temeroso por la contingencia, me pregunto a mis adentros:

¿Estaremos en un cayo fangoso dentro del mar?

No me atrevo a decir palabra. El momento no es para pesimismo, ni para cansancio: hacia adelante está Cuba.

Horas más tarde piso tierra firme y no puedo contenerme: me arrodillo para besar el suelo. Jun-

guen silbó discretamente y vi adelantarse a los hombres: parecía que no cabríamos todos y había porfía, no manifiesta, por entrar primero, temerosos de que los últimos tuvieran que quedarse.

Despegamos lentamente con un sólo motor. A todos consumía una intensa y silenciosa emoción. Por un momento contuve la respiración, pues temía que algún ruido pudiera abortar la empresa. Tardamos media hora en dejar el río y poco después, entrábamos en el Golfo de México. Veía perderse con nostalgia a Tuxpán entre débiles luces; todos sentíamos que el silencio de la partida no era necesario y como si estuviera convenido, se escuchó al unísono:

—¡Al combate corred bayameses que la patria os contempla orgullosa!...

¡Nunca me lució tan bello el Himno Nacional!

El viento soplabla inclemente y

las olas violentas estremecían el casco del "Gramma". Pero se disipó la alegría en la niebla espesa, entre vómitos, fatigas y mareos. Apenas se movía la embarcación, presa de un "norte" incontenible: sufríamos un lamentable imprevisto.

Al segundo día de navegación, alguien gritó:

—¡Agua!...

El barco se tambaleaba impotente; el agua rebasaba el piso. Inútil la bomba de achicar, se utilizaban con urgencia los cubos...

Temía el naufragio y alarmado pregunté:

—¿A qué distancia estamos de Yucatán?...

A poco se destupieron los desagües y renació la tranquilidad momentáneamente. No cesaban sin embargo las preocupaciones: cada barco en el horizonte o cada avión en el cielo, volvía a inquietar el ánimo.

Faustino Pérez, que llevó al célebre corresponsal Herbert L. Matthews a la Sierra Maestra, aprovecha la ocasión para hacerse retratar con un expedicionario del "Gramma" no identificado: uno de los famosos ochenta y dos hombres, que desembarcaron por Playa Colorada la madrugada del 2 de diciembre.





Atrás el follaje espeso de la Sierra Maestra; más delante, Faustino Pérez con un muchacho recién incorporado a la Sierra Maestra a principios de marzo de 1957. Faustino Pérez asegura que pudo burlar varias veces el cerco militar, hasta que se le apresó en La Habana.

YO VINE EN EL "GRAMMA"... (Continuación)

to a mí, van llegando hombres extenuados, pero con una sonrisa en los labios; atrás quedan medicinas, transmisoras de radio, parque, armas y alimentos.

No tardó en que encontrásemos al primer campesino: hombre sorprendido, asustadizo, pero bueno... Fidel se adelantó y poniéndole la mano en el hombro le dijo:

—Yo soy Fidel Castro... Estos compañeros y yo, venimos a liberar a Cuba... Nadie tiene que temer de nosotros, que llegamos precisamente a ayudar al hombre de campo, proporcionándole tierras para trabajar, mercados para sus productos, escuela para sus hijos y vivienda higiénica para toda la familia... Necesitamos comer algo y vamos a pagarle en su valor...

Aún sin salir de su asombro, el campesino replicó con típico acento de tierra adentro:

—Venga pa ca, compay, pero tengan cuidao con la escopeta esa, que se puede il un tiro... Vamo a matá un cochino, que ya tengo un boniato puesto a la candela...

Súbitamente, cuando creíamos asegurado algún descanso, oímos una ráfaga de ametralladora sobre la manigua dejada atrás. No se sabía si se trataba de un cañonero o de fuerzas de infantería que atacaban por sorpresa. Fidel ordenó una retirada apresurada a un lugar más resguardado y esperamos en silencio unos instantes.

El puerco quedó humeante...

Transcurridas unas horas, se envió una patrulla de rescate: faltaban ocho hombres. La búsqueda fue infructuosa; teníamos la esperanza de encontrarles más tarde, pues todos conocían la cita en la Sierra Maestra.

No se engañó a nadie: sólo fracasó un plan

Vi a Fidel contrariado: los planes estaban fracasados. Inicialmente pensó desembarcar en Niquero la madrugada del 30 de noviembre: Crescencio Pérez, con camiones y un centenar de hombres, esperaba por nosotros. Tomaríamos Niquero y saltaríamos sobre Manzanillo, a la par que en Santiago estallaba la rebelión. A partir de ese instante, comenzaría a funcionar un proyecto de agitación y sabotajes que culminaría en la huelga general.

Pero todo salió mal...

El desembarco se produjo con atraso y por lugar inapropiado, sin contar con el impacto de la toma de un pueblo; la falsa noticia de la muerte de Fidel y la falta de coordinación.

Acampamos la noche del 2 de diciembre en un tupido monte, sin alimentos y con escasa agua. Al amanecer emprendimos la ruta del Este y por fortuna nos topamos con unos campesinos: ricos panales de

abeja y yuca con mojo, primer desayuno en Cuba.

Pronto comprobamos la presencia de aviones militares y hay que protegerse en los árboles. No puede ser más desalentador el segundo día: la población escasa, el agua ausente, no se encuentran guías ni cultivos, se camina hacia el Este guiado por el buen sentido.

Vislumbramos una casa de carboneros, entrada la tarde del día 3. Los hombres huyen asustadizos y un compañero les sigue. Encontramos una factura y un latón de agua. Comemos y dejamos cinco pesos, pero el explorador, no aparece: increíblemente se ha perdido.

Dormimos en una trocha en el bosque. Temprano veo al compañero extraviado y a un campesino que se acercan. Antes de llegar grita entusiasmado:

—¡Encontré a los ocho hombres desaparecidos en el manglar, el día del desembarco!

El recién llegado explicó a Fidel:

—Perdí el camino anoche siguiendo a los carboneros... Caminé un rato hasta encontrar una lucita en una casa, y pedí a los campesinos que me orientaran. Me aconsejó que me quedara hasta el amanecer, pero vi que salió y temí por un momento. A poco volví con otro hombre; era uno de los ocho y allí estaban todos!

Emprendimos la caminata cotidiana. Frecuentemente se veían

aviones militares, que disparaban sus ametralladoras a equívocas distancias. Fidel ordenó descansar de día y proseguir la marcha de noche, para impedir que los aviones nos sorprendieran: atravesamos guardarrayas y caminos quebrados, en avance rápido.

Acampamos el 5 de diciembre en un lugar protegido, en que teníamos un cafiaveral abandonado a la izquierda y una punta de monte a la derecha. Descansamos, comimos cañas y hablamos en voz baja. Algunos dormían, mientras otros se curaban las llagas de los pies o contemplaban nostálgicos los retratos de los hijos, las esposas, las novias o los padres.

Las patrullas de exploración habían traído la noticia:

—A pocos kilómetros, en la carretera de Pílon, existía un cerco militar... Era necesario romperlo, para continuar hacia las montañas.

A las cuatro de la tarde, se ordenó repartir la comida: medio chorizo y una galleta para cada uno. Debíamos seguir inmediatamente...

De pronto, se sintió una cerrada descarga de fusilería. Las balas silbaban de la derecha y de la izquierda. Inmediatos los aviones atronaban la tarde vaciando sus ametralladoras alrededor nuestro. No sabíamos ciertamente hacia dónde disparar, mientras se ordenaba un repliegue estratégico con dirección al cafiaveral.

(Continúa en la Pág. 178)



Durante una incursión a la Sierra Maestra, Faustino Pérez aprovecha para tomarse una fotografía junto a Fidel Castro. Semanas más tarde, Faustino Pérez era apresado en La Habana y encarcelado en el Castillo del Príncipe.